



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



16 de marzo de 1889



Núm. 72



SALVADO

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

No he podido gozar del placer de ninguna audición de *Los Amantes de Teruel*, y á fe que es una de las cosas que he deseado más en mi vida. Tendré que esperar, como tantos otros, que canten en ésta la ópera de Bretón, ó escucharla al piano; pero, entretanto, no cabe mayor satisfacción para todo buen español que los triunfos alcanzados por el autor, en Madrid primero, y luego, lo cual es más importante aún, en Salamanca, su patria.

El ánimo se ensancha al espectáculo de las ovaciones tributadas por sus paisanos al eminente compositor, porque, por más dulces que sean los triunfos alcanzados en la corte, nunca llegan tan á lo hondo como los que se saborean en el pueblo que nos vió nacer.

Esto indica, además, un despertamiento del espíritu provincial de que estamos bien necesitados: Salamanca ha querido siempre á Bretón; justo es que parte de su gloria redunde en beneficio de *la pequeña Roma española*.

Con esta ocasión puede que renazca la ilustre fama musical de la ciudad que cuenta entre sus hijos á tan grandes maestros y se realicen los deseos manifestados en su brindis, por el autor de *Los Amantes*, de que la *Escuela de San Eloy* de Salamanca sea la Meca musical de la región castellana.

Esto podría ser muy fácilmente si la gente quisiera, pero sin meterse á mendigar protecciones del Gobierno, sino por la mera iniciativa individual.

Resumiendo: Salamanca se ha portado con Bretón como debía, cosa que no pueden decir todas las ciudades respecto á sus hijos ilustres.

* * *

No se crea que tuviese yo gran confianza en que, á pesar de las recomendaciones de los periódicos de higiene, los magníficos artículos de Sánchez Pérez y las amonestaciones privadas de los médicos, dejasen los

papás de enviar á sus niños á los bailes de máscara infantiles. No sólo se ha repetido lo que comenzó á ponerse en moda hace pocos años, sino que la gente menuda ha bailado más que nunca.

¿Creéis que yo soy enemigo del baile? ¿Creéis que abomino yo de las cabriolas, piruetas y meneos? ¡Quiá! ¡Pues si yo quisiera estar viendo bailar á los chicos todo el día como si estuviesen picados de la tarántula!

Pero eso no en un salón, no dentro de ninguna casa, sino en una gran esplanada, llena de sol (de invierno), bajo las copas de frondosos árboles (ya se entiende que esto sólo puede ser en verano), ó, si hace mal tiem-



Salvado

po, bajo el techo de un vasto cobertizo: jamás en sitios donde pueda haber hacinamiento.

¿Bailar, saltar, correr, brincar, trepar? ¡Mi programa! Pero, de veras, bailar á lo niño, no habaneras (¡horror!); bailar en anchuroso círculo, no *schotisches*, ni (¡vive Dios!) rigodones. Bailar todo el año, no dos ó tres tardes acicalados con los trapos del disfracito y con el cuidado de que no se estropee algún adminículo del atavío.

Y en punto á disfraces quisiera saber yo lo que se gana con ponerle muy majo á un niño vistiéndole de una manera estrafalaria. Es decir, saberlo, quizás lo sepa: fomentar su vanidad si el traje es llamativo; hacer surgir en su mente ideas poco recomendables si el disfraz es de cierto género.

Han notado algunos autores que si uno pone voluntariamente la cara expresando determinado sentimiento, se siente poseído de este sentimien-

to; y no sería de extrañar que si un niño tiene instrucción bastante para formarse cargo de lo que va vestido, *entre* en el pellejo del modelo.

La piel se pone de carne de gallina al imaginar lo que se le podría ocurrir á un D. Juan Tenorio...

Aparte de lo cual, hay niños que se encariñan tanto con su disfraz que puede suceder lo que sucedió en París no hace muchos años; y fué que, al quitarle á un niño su trajecito de caballero de la época de Luis XV (¡edificante vestimenta!), tomó tal rabieta que le dió un ataque cerebral y se fué al otro mundo.

Creo, camaradas, que la gente de seso manosea demasiado á los niños, que se les guía mal, que preparamos unas generaciones que no valdrán un comino. Yo no sé por qué no se les tiene que dejar en paz á esos angelitos; pero ¡á eso vamos! Hasta los fabricantes de dibujos para cajas de fósforos y de cromos para anunciar los chocolates han tomado por su cuenta á los parvulillos, y ahí me los tenéis imaginando las más anti-páticas escenas infantiles: niños que cortejan, niños que hacen una porción de cosas propias de personas mayores.

¡La cólera que me da cuando veo esos mamarrachos inmorales!

Porque es inmoral, archi-inmoralísimo, representar esas cosas; es especular brutalmente con la insondable necedad humana; es humillar á la niñez, despreciarla, burlarse de ella.

Y no hay que burlarse jamás de la niñez. Todo menos eso.

Pero volvamos á nuestro sermón sobre los danzantes.

No bailéis *bailles de sociedad* (¡!), chiquillas y chiquillos. Una de las poesías más hermosas de Victor Hugo, traducida al castellano por Andrés Bello, que aun la mejoró, si cabe, se refiere á una niña que se murió tísica porque

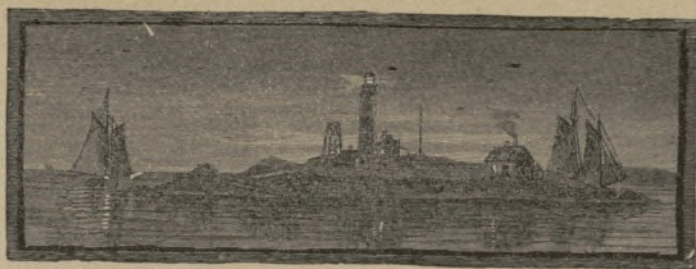
elle aimait trop le bal.

Figuraos ahora el peligro que corren las pequeñitas que gustan demasiado del baile, del *wals* (¡!) pongo por caso.

En cambio, lo repito, os está muy bien, y lo recomiendan los más ilustres educadores, bailar al *San sereni*, muy superior por todos conceptos á los bailes *agarraos*, como dicen las Menegildas.

ANTOÑITO





AUREOLAS

MONTURIOL

Hoy, que tanto se habla y se escribe sobre el submarino *Peral*, es de latente actualidad incluir en estas *aureolas* el nombre del insigne inventor del primer submarino que se lanzó al fondo de los mares resolviendo satisfactoriamente el gran problema náutico soñado y perseguido desde la antigüedad.

D. Narciso Monturiol nació en Figueras en 1819, y siguió la carrera de leyes, que estudió en las universidades de Cervera, Barcelona y Madrid, respectivamente; pero, convencido de que su vocación no le llevaba al foro de muy buen grado, abandonó sus estudios, y aprendió la profesión de... cajista. Ha sido esta la profesión de todos los políticos: Monturiol tenía sus ideales, y la aprendió también. Presentía la emigración, y en ella ser cajista asegura una manera positiva de vivir.

Aprendió también el arte pictórico, y haciendo retratos al óleo se procuró en su juventud una desahogada posición. Sus aficiones, sin embargo, eran muy distintas de las que profesaba. El secreto de la navegación submarina era su preocupación constante, y á resolverlo satisfactoriamente se dedicaban sus constantes y profundos estudios, cuyo fruto fueron la construcción del primer submarino.

El *Ictíneo* de ensayo fué botado al agua en 28 de junio de 1859. Medía exteriormente 7 metros de proa á popa, 3'50 de quilla á la cúpula ó mirador, y 2'50 de manga. La cámara resistente medía 7 metros cúbicos, y podía contener una tripulación de seis hombres.

Hiciéronse con él cincuenta y cuatro submersiones, todas de feliz resultado, entre ellas la oficial de Alicante, con mar de fondo y viento de levante.

A la vista de tan maravilloso resultado, organizóse una suscripción nacional que encabezó el general Dulce, á la sazón capitán general de Cataluña, y á los pocos meses se había reunido la cantidad de 60,000 duros, dando comienzo la construcción del segundo *Ictíneo*, que, en la imposibilidad de dedicarlo á la marina de guerra, se le proyectó para la pesca de coral.

Este segundo submarino se botó al mar el 2 de octubre de 1864. Medía exteriormente 17 metros de proa á popa, 3'50 de quilla á lo alto del mirador, y 3 de manga. La cámara resistente tenía la forma de un elipsoide de revolución, cuyo eje mayor horizontal era de 14 metros, y el menor de 2. La

capacidad de esta cámara cerrada era de 29 metros cúbicos, y admitía veinte hombres de tripulación.

Las paredes del casco resistente estaban calculadas para navegar por profundidades equivalentes á la presión de cinco atmósferas.

Los medios de submersión, ó, como decimos ahora, el aparato de profundidades, era distinto del primero. En el *Ictíneo* de ensayo el descenso se hacía ó por hélice inferior horizontal ó por bombas de expulsión. En el segundo estaba encargado de esta función capital el aparato llamado *vejigas natatorias*, cuyo funcionalismo es el mismo de la vejiga de los peces.

Monturiol atendió todos los detalles de su submarino con tal pericia y rara habilidad, que su obra resultó asombrosa bajo todos conceptos, ya que vino á resolver el problema más difícil y tenebroso que la ciencia podía presentarle. El fué el primero que llevó la vida atmosférica al fondo de los mares, y el primero que con ella llevó también la máquina de vapor.

Pero tal resultado no se logró, sin embargo, impunemente. El tiempo transcurrido en ensayos, estudios, comprobaciones, proyectos, y la construcción del motor, agotó la paciencia y los recursos de las personas adheridas á la empresa, viniendo las impaciencias y las desconfianzas á dar al traste con obra tan colosal.

Abandonado, y sin apoyo moral ni material, Monturiol tuvo que renunciar por completo á la realización de su obra; pero llevado de su afición y de su amor á los estudios científicos, dedicó sus ocios á escribir un tratado sobre el arte de

navegar por debajo del agua, que por su erudición científica se considera como la más notable de sus obras póstumas.

Monturiol murió en un pueblo de las afueras de Barcelona, el 6 de setiembre de 1885, dejando un nombre á la posteridad. Esta se ha anticipado á recogerlo, y, al orlarle hoy con sus inmarcesibles pero tristes y tardíos laureles, os lo incluyo en esta galería, donde han aparecido y aparecerán en adelante los de cuantos por sus excepcionales prendas han sobrevivido á lo fugaz de las glorias mundanas.

TRINIDAD DE LA ROSA



El niño llorón



LA LEYENDA DE LA ENVIDIA

Lo que hoy es la Arabia desierta, fué hace ya muchos siglos un hermoso país poblado de inmensos bosques que refrescaban caudalosos ríos y alegraban bulliciosas aves.

En esta rica y fértil comarca, llena de perfumadas flores y de sabrosos



Ricardo monta en pelo

frutos, veíanse aquí y allí, á grandes intervalos, espacios de tierra estéril, en los cuales las semillas se convertían en polvo, y el agua de las nubes desaparecía sin fecundar cosa alguna.

Formaban estos eriales, infinitos granos de menudísima arena, pálidos como el odio, inquietos como la cólera é incapaces de unirse unos con otros.

Impotentes para el amor, y siendo los últimos en la escala de la vida, ambicionaban concluir con la naturaleza entera, ó por lo menos convertirla en polvo.

Cuando el alba resplandecía en el Oriente, y se abrían las flores, cantaban los pájaros y en las cristalinas corrientes de los ríos se reflejaba la luz, reproduciendo en su bruñida superficie la imagen de cuanto la rodeaba, la arena amarilleaba como un icterico, y al menor soplo de aire se lanzaba sobre tantas cosas buenas y bellas abrasándolas con su aliento.

Durante la noche trocábase en negra y sombría como los pensamientos que la animaban.

Un día los granos de menudísima arena fraternizaron en sus malas pasiones.

—Sea todo igual y lo mismo,—se dijeron;—acabemos con la soberbia de las aves que se remontan al cielo y con el servilismo de las aguas que se arrastran por la tierra. Los árboles nos ofenden con su sombra, las montañas nos humillan con su altura, sobre nosotros pisan los seres animados, el sol se ríe de nuestra desnudez, y el mar parece decirnos con impertinente orgullo: «—De aquí no pasarás.»

—¡Sea todo igual y lo mismo!—aullaron á coro.

Lo pequeño se unió y se hizo innumerable, los odios se minaron, y surgió el huracán, que, con una crueldad terrible, corrió de norte á sur y de este á oeste, aniquilándolo todo.

Concluída la primera jornada, los granos de arena, con los restos de tantas víctimas, se entregaron al reposo.

En su obra de destrucción habían llegado al pie de altas montañas y á orillas de dos mares.

La imponente inmovilidad de aquéllas y el rugir pavoroso de éstos les infundieron temor y espanto: todo el que es cruel es cobarde y recela del más fuerte las mismas iniquidades de que hace víctima á los débiles.

Largo tiempo duró su paroxismo pero cuando descubrieron que los océanos se componían de menudísimas gotas de agua y las cordilleras de microscópicas partículas de tierra, el odio las enardecíó de nuevo y gritaron:

—¡Adelante!

El choque fué titánico, tan gigantesco como impotente: si escaló la altura, el viento la barrió y dispersó en revueltas nubes de polvo; si penetró en el agua, las olas la devolvieron convertida en fango.

En su desesperación, se vuelve contra sí misma, y entonces el simoun la desgarró y despedaza, esparciéndola en todas direcciones.

Esto ocurrió hace muchísimos siglos y todavía la lucha se renueva.

En algunos meses del año, cuando el sol incendia la atmósfera y es todo calma, soledad y silencio, la arena del desierto, asfixiada, sufriendo mortales angustias, recuerda aquellos tiempos en los cuales hallaba sombra en los bosques, fresca en las aguas de los ríos, perfumes en las flores y alegre esparcimiento en el canto de las aves.

V. COLORADO





El niño mimado



LA MADRESELVA

Lloraba sin consuelo
la humilde madreSelva
al ver sus verdes tallos
vencidos por las yerbas,

sin que su esfuerzo todo
desenredar pudiera
del suelo los zarcillos
para elevarse bella;

y, al verla un joven fresno,
con brío y gentileza
tendió una verde rama
y alzó á la madreSelva,

que, agradecida, al punto
se le abrazó hechicera
y de sus frescas flores
le dió el preciado néctar.

¡ Qué hermosa es y qué dulce
la gratitud sincera!
Mostradla, amados niños;
mostradla sin reserva.

EZEQUIEL SOLANA

EN ALTA MAR

CUENTO

PARTIMOS el 5 de noviembre. El tiempo, á pesar de la estación en que nos encontrábamos, era magnífico. Felices fueron los primeros días de navegación; pero al cuarto día al anochecer, y encontrándonos en alta mar, el horizonte empezó á cubrirse de densas nubes, la mar estaba bastante arbola



Petronila y Leal

da, las ventanillas de las cámaras producían fuertes chirridos, y los pasajeros permanecían en su mayor parte bajo la toldilla.

En cuanto á mí, prefería continuar sobre cubierta, por más que una finísima lluvia me introducía en mi interior sus moléculas pulverizadas por el viento. El desplazamiento de las capas atmosféricas ha pasado desde el estado de viento frescachón al de duro racheado, por lo cual ha habido que calar los mastelerillos.

El viento recorría á 60 millas por hora (1).

Pero como el huracán soplaba con toda su fuerza y la lluvia se hacía insoportable, me vi, por fin, obligado á abandonar la cubierta.

(1) Unos 26 metros por segundo.

A eso de las siete y media bajé á mi camarote, donde pasé un rato leyendo; y me acosté, quedando dormido al poco rato.

A las pocas horas me despertó un ruido insólito. Resonaban sobre cubierta pasos precipitados y se oían enérgicas interpelaciones. Parecíame que los tripulantes andaban con cierta precipitación. ¿Cuál podría ser la causa de aquella extraordinaria agitación?

Por un momento tuve intención de subir á cubierta, pero el ruido cesó al poco rato: luego vi al capitán Kelly volver á su camarote, y me acurruqué nuevamente en mi litera.

Al día siguiente, al rayar el alba, me levanté, subí á cubierta, y la tempestad había cesado, aunque poco. Por la tarde volvióse á encapotar el cielo, y la mar, acompañada de la gran fuerza que tenía el huracán, hizo que las olas llegasen algunas veces sobre cubierta. En seguida el capitán mandó echar los botes al agua, y, al entrar en el primero ocho de los tripulantes, fueron por un remolino sepultados en el abismo.

Los demás, al ver aquel espectáculo, nos quedamos en el buque, que, casi sumergido en el agua, era arrastrado por el viento; y llegamos á un islote, donde fuimos arrojados por una grande ola. El buque se hizo trizas contra las rocas y nosotros nos salvamos por milagro.

Entonces, dirigidos por un ingeniero tripulante, construimos una balsa, que á los tres días, aunque trabajando con todas nuestras fuerzas, fué acabada y botada al agua; y partimos en dirección NE. por ser la isla más proxima, aunque tuvimos que navegar veinticuatro horas para llegar á ella.

Las provisiones que pudimos recoger del buque se acababan; pero, por fin, llegamos á la isla, en la que desembarcamos, amarramos la balsa y fuimos á recorrer parte de aquélla para buscar algún lugar en donde pasar la noche.

Por fortuna encontramos una pequeña cueva. Mas antes de entrar en ella hicimos algunos disparos de fusil, encendimos una tea y penetramos en su interior. No había nada.

Entonces trasladamos lo que llevábamos en la balsa á la cueva, donde aguardamos el día siguiente, y cerramos la abertura con algunos maderos y piedras.

La noche fué tranquila. Al amanecer, salimos al campo, donde nos procuramos algunos animales para la comida. Después recorrimos nuevamente la isla y descubrimos un pequeño monte.

En seguida Rinder hizo colocar una bandera para que, si acaso pasaba algún buque, viniera á nuestra salvación; mas ¡oh, sorpresa! así que se procedía á la colocación de la bandera, un extraño ruido resonó en la isla. Al momento Kelly mandó hacer un disparo general, pero nada. Entonces acabamos la colocación de la bandera.

Después fuimos en busca de donde procedía aquel ruido, y era un volcán que había explotado en la isla, y, como era tarde, volvimos á nuestro hogar. Por fin, al día siguiente otra fuerte detonación resonó. Nos dirigimos al monte, y venía hacia nosotros un buque que nos salvó de ser devorados por las fieras ó ser enterrados en el abismo en una erupción volcánica.

JUAN ROSICH ROVIRA



— NUESTROS GRABADOS —

SALVADO

Un muchacho se llevó en una cesta de su casa un gatito que molestaba mucho: pensaba arrojarlo al río, y, embarcándose en el bote de su padre, alejóse un poco de la orilla para



Los niños curiosos

tirar á su inocente víctima allí donde las ondas le pareciesen más profundas. Al arrojarle se tapó los ojos para no ver aquel triste espectáculo, y después bogó rápidamente hacia la orilla, muy afligido por lo que acababa de hacer. Al dirigirse á su casa iba pensando que tal vez los peces estarían devorando ya el gatito; mas ¡cuál no sería su sorpresa cuando al abrir la puerta lo primero que vió fué el gatito en una silla, limpiándose el pelaje, impregnado todavía de agua! Desde aquel día el pobre animal fué respetado de todos.

EL NIÑO LLORÓN

No llores, Juanito, que no es cosa de hombres, y, aunque no lo seas aún, algún día merecerás este título. Si tienes alguna aflicción, seguramente no te curarás con las lágrimas, y, por lo tanto, mejor es que te rías y te consueles.

RICARDO MONTA EN PELO

El niño Ricardo era muy travieso. Cierta día fué á buscar á su padre, que estaba trabajando en el campo inmediato, y, como viese su caballo que andaba por allí suelto arrancando la yerba, ocurrióle la idea de montar. Atrájole á una pequeña eminencia y saltó á su lomo sin ningún temor. Una vez montado, excitóle para que anduviera; pero el noble animal, conociendo, sin duda, que el niño no servía para guiarle y que podría caer muy fácilmente, volvió muy despacio hacia donde estaba el padre, como para no incurrir en ninguna responsabilidad.

—¿Quién te ha montado?—preguntó el papá.

—Yo solo,—contestó el muchacho;—acerqué el caballo á unas piedras y no me ha costado mucho hacerlo.

—Pues hijo mío,—dijo el padre,—no montes otra vez, pues si el caballo no te hubiera conocido, acaso te habría costado cara la travesura.

EL NIÑO MIMADO

Pablito no va nunca á paseo con su aya: solamente quiere ir acompañado de su hermanita; y, como se cansa muy pronto, es preciso llevarle en brazos. Entonces rie y grita de contento, y por su gusto no volvería á casa más que para comer y dormir; pero su hermana acorta los paseos tanto como puede, pues el niño pesa demasiado y ella no tiene suficiente fuerza para llevarle siempre en brazos.

PETRONILA Y LEAL

Son dos buenos amigos, de la misma edad, y que han estado juntos casi toda su vida. La primera es una niña muy graciosa: el segundo un magnífico perro, tan cariñoso y fiel para su joven ama que no quiere separarse nunca de ella, ni aun durante la noche, pues apenas acuestan á la niña, se echa á los pies del lecho como para custodiarla. Petronila se cayó un día en la escalera é infirióse una herida en la cabeza. Se envió á buscar al médico, y éste aconsejó el mayor reposo por espacio de una semana; y en todo ese tiempo Leal no quiso salir á la calle una sola vez, ni recobró la alegría hasta que su joven ama se restableció del todo.

LOS NIÑOS CURIOSOS

Juanito y Luisa se quedan como encantados cuando pasan por la tienda de juguetes que hay cerca de su casa, de modo que cuando su mamá les envía á comprar alguna cosa tardan tres horas en volver. Lo que más les llama la atención es una caja con un monigote que sale del interior y que tiene cara de diablo. Darían cualquier cosa por obtenerla, y su mamá les ha prometido regalársela cuando dejen de ser tan curiosos y vuelvan pronto de los recados; mas no creo que lo consiga nunca.

LOS FAVORITOS DE JUANITA

No contenta con sus muñecas, Juanita tiene dos animales á los que manifiesta especial predilección. Uno de ellos es una tortuga, con la cual se divierte mucho observando como oculta la cabeza y las extremidades en su concha, ó las saca cuando le ofrece su alimento. El otro favorito es una rana, que Juanita tiene en un frasco de cristal, y á la que ha domesticado de tal modo que la hace salir de su prisión apenas le ofrece alguna mosca.



LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

Febea daba libre rienda á sus pensamientos, cuando se encontró delante de la casa de una pobre mujer cuya habitación había sido, algunos meses antes, pasto de las llamas, y recordaba que había visto por primera vez al Sr. O'Neill con ocasión de aquel incendio. El valor y la humanidad de que había dado testimonio exponiendo su vida para salvar á aquella desgraciada mujer y sus hijos, le parecían justificar suficientemente la opinión de que un irlandés puede ser hombre de corazón muy gordo.

La pobre mujer cuya casa se había quemado, se llamaba Smith. Era viuda y habitaba una miserable casucha situada al extremo de una estrecha callejuela. Al pasar por delante de la vivienda de la viuda, Febea se reconvinó á sí misma por haber olvidado á aquella desgraciada desde hacía muchas semanas. Resolvió, pues, entrar en su casa y darle un escudo que había economizado para comprarse trapos. Su ofrenda fué aceptada con hondo agradecimiento, añadiendo su gracia y su dulzura nuevo precio al bien que hacía.

Salió de la casa colmada de bendiciones que le prodigaban la viuda y sus hijos, é hizo propósito de no tardar en lo sucesivo tanto tiempo sin hacer una visita á aquella familia, olvidando ya su disgusto por lo de los guantes de Limerick y los mitones rotos que llevaba puestos.

El lunes por la mañana la Srta. Juanita Brown, hija del perfumista, fué á visitar á Febea, mostrando un aire radiante de alegría:

—Ea, querida amiga,—dijo;—¿conque decididamente vamos á tener fiesta en Hereford? Pero ¿por qué esa cara de tristeza? De seguro debéis estar invitada como todas las amigas.

—¿Invitada? ¿Dónde?—exclamó la Sra. Hill, que jamás había oído hablar de ninguna invitación que no hubiese llegado antes á ella.—¿Invitada? Pero ¿dónde, os ruego me digáis, Juanita?

—¿No sabéis, pues? Pues estábamos persuadidas todas de que vos y Febea habíais sido de las primeras invitadas al baile del Sr. O'Neill.

—¡Un baile!—repuso la Sra. Hill.—Hé ahí una cosa que no me esperaba y de lo cual no sabía una palabra.

—En efecto, es cosa verdaderamente extraordinaria. Pero ¿no ha recibido Febea un par de guantes de Limerick?

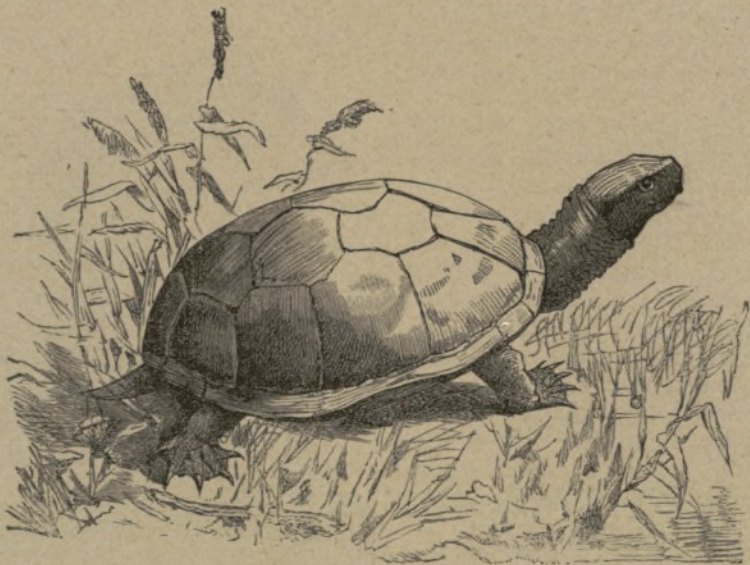


Los favoritos de Juanita

—Perdonad, lo he recibido,—dijo Febea.—Pero decidme: ¿qué relación hay entre ese baile y mis guantes?

—Mucho más de lo que pensáis,—replicó Juanita.—Sabed que ese par de guantes es en algún modo un billete para el baile. Cada señora ha recibido un par con la esquila de invitación, y creo que esta mañana tan sólo, sin contar yo, se han enviado más de veinte.

Al decir estas palabras sacóse Juanita, del bolsillo, un par de guantes nuevos; y después, mostrando cuán bien le iban, hizo la enumeración de las damas que, á lo que sabía, habían sido invitadas al baile. Cuando hubo terminado, extendióse acerca de lo que se contaba respecto á los grandes preparativos hechos por la Sra. O'Neill, la madre, para la cena; y concluyó expresan-



Los favoritos de Juanita

do su pesar á la Sra. Hill. Despidióse luego Juanita para ir á preparar su *toilette*, «porque,—manifestó,—el Sr. O'Neill me ha comprometido á romper el baile con él en caso de que Febea no pudiese ir; pero me figuro que no desperdiciará esta ocasión de divertirse y que tomará parte en la fiesta, puesto que ha recibido un par de guantes de Limerick, como todas nosotras.»

Después de haberse marchado Juanita reinó un momento de silencio, pero no tardó Febea en interrumpirlo para contar á su madre que aquella mañana misma se había negado á aceptar una esquila, porque había supuesto, al ver la letra del sobrescrito, que venía de M. O'Neill, y, como conocía la aversión de sus padres al guantero irlandés había creído deber devolver, sin abrirla, una carta de aquel sujeto.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.